

IX

Juliana volvió á casa de Luisa por consejo de la tía Victoria.

—El pájaro se escapó, hijita. Siéntelo, porque la propina hubiera sido buena, pero, ¡quién podía adivinar que se fuese el señorito! Ya puedes llorarle, porque de ella no sacarás ni esto...

Lo que debía hacer positivamente, era volver á la casa. Porque, ¿qué quedaba de todo aquello? El miedo de doña Luisa: eso era lo que la daba sustos y de lo que debía sacar partido.

—Te vuelves allá —decía la tía Victoria— y esperas á que cumpla lo ofrecido. Si te da el dinero, bueno; si no te lo da, estás dentro y puedes ir apañando lo que caiga.

Juliana dudaba.

—No te diré nada; así pues, tú verás lo que haces.

—Pero temo...

—¿Qué?—exclamó la tía Victoria.—Ella no es capaz de envenenarte; quien no se aventura, no pasa al mar. Hazlo si quieres, y sino, arréglate por otro lado y deja las cartas en el fondo del baúl. ¡Qué diablo! Tú vas á ver, y si no te conviene, te largas.

Juliana resolvió ir á ver...

Luego conoció que aquella tía Victoria tenía á veces razón.

Luisa parecía resignada. Soportaba á Juliana pensando que era cuestión de días y no la decía palabra. Lo que tenía que hacer era pagarla y fuera... Mientras no pudiera hacerlo así, aguantar y callar... Cuando Sebastián volviera...

Entre tanto, evitaba verla; nunca la llamaba. Durante el día se encerraba en su cuarto, leyendo, co-siendo, pensando en Jorge, y hasta en Basilio con odio, deseando la vuelta de Sebastián y preparando su historia.

Juliana la encontró un día en el corredor, llevando á su cuarto el jarro lleno de agua.

—Pero señora, ¿por qué no llamó usted?—dijo escandalizada.

—No tengo que hacer...—exclamó Luisa.

Juliana la siguió al cuarto y cerrando la puerta, dijo:

—Señora, esto no puede seguir así. Parece que tiene usted miedo de verme la cara. Yo he vuelto para hacer mi servicio como antes. Yo, naturalmente espero que la señora cumpla lo ofrecido, porque yo no le doy las cartas sin tener seguro el pan de mi vejez. Lo que pasó fué un pronto y ya pedí perdón... Ahora quiero hacer mi obligación. Si la señora no quiere—dijo secamente—me iré y será tal vez peor para todos...

—Pero...—dijo Luisa muy turbada.

—No, señora—dijo seriamente Juliana,—la criada soy yo...

Y marchó altanera.

Tanta audacia aterró á Luisa. ¡Aquella ladrona era, pues, capaz de todo!

Para no irritarla empezó en adelante á llamarla.

Traiga usted esto, traiga usted lo otro, pero sin atreverse á mirarla frente á frente.

Mas Juliana fué tan callada y servicial, que poco á poco Luisa con su carácter mudable, lleno de *dejar hacer* principió á perder el sentimiento vivo de aquella dificultad, y al cabo de tres semanas *todo estaba en caja*, como murmuraba Juliana.

Luisa la llamaba ya á su cuarto y hasta llegaron á tener principios de conversación: "¡Qué calor hacen!...", "Tarda la lavandera," y así por el estilo. Juliana aun arriesgó esta frase íntima:

—He encontrado á la criada de la señorita Leopoldina.

—¿Está aún en Oporto?—preguntó Luisa.

—Aun tardará un mes lo menos, señorita.

Luisa después de tanta agitación se abandonaba al placer de aquel descanso y así pasaban los días.

Una tarde, ya á fines de Septiembre, estaba Luisa en la ventana del comedor. Pensaba en Basilio, en el *Paraiso*... cuando sintió los pasos de Juliana.

—¿Qué hay?

La criada cerró la puerta y se acercó:

—Entonces... ¿no ha resuelto nada la señora?

—Aun no he podido arreglar nada...

Juliana miró al suelo un momento.

—Bien—murmuró al fin.

Luisa la oyó decir en el pasillo:

—¡Cuando regrese el amo ajustaremos cuentas!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Cuando volviera Jorge! En seguida se conturbó su espíritu. ¡Debía hacer algo antes de que llegase! Precisamente había escrito Jorge que no tardaría y que la *avisaría por telégrafo*. Deseó que el ministro le ordenara hacer un viaje largo por España ó Africa y que alguna catástrofe, sin hacerle daño... le retuviera meses...

Su terror irreflexivo la hizo perder la clara idea de su marido: imaginaba *otro Jorge* sanguinario y vengativo, olvidando su carácter bueno, tan poco dado á lo melodramático. Un día fué al despacho, tomó la caja de las pistolas, la guardó en un baul y *se escondió la llave!*...

Una idea la sostenía; y era la de que apenas Sebastián volviese de Almada se salvaría y á pesar de aquella agonía de todos los momentos, casi recelaba saber que había vuelto; tanto le parecía mayor agonía confesar la verdad. Entonces le ocurrió escribir á Basilio. Encontraba una razón y más de una para escribir á *aquel infame*. Fué su amante, sabía lo de las cartas, era su único pariente... Así no tendría que *decírselo* á Sebastián. Pensaba que el no haber aceptado dinero de Basilio era una fanfarronada es-

túpida y le escribió una carta, larga, algo confusa, en la que le pedía seis cientos mil reis. Fué ella misma á llevarla al correo, sobrecargándola de sellos.

Aquella tarde fué á verla Sebastián que había regresado ya de Almada. Le recibió con alegría, feliz, "por no tener que decirselo..." Habló de la vuelta de Jorge y hasta aludió al primo Basilio y "á la poca vergüenza de la vecindad..."

—Es lo primero que contaré á Jorge—dijo.

Ya se consideraba salvada. Todos los días seguía la carta en su viaje á Francia. Llegaba á Madrid, luego á Bayona, á París por fin. Un cartero corría á entregarla á la rue de Saint-Florentin. Basilio la abría temblando, llenaba un sobre de billetes de Banco, muchos, los cubría de besos y luego el sobre que llevaba su salvación y su descanso, empezaba á correr hacia abajo, á Navarra por Francia, soplando como un mónstruo y apresurándose como un propio.

El día que debía llegar la respuesta se levantó temprano, agitada, con el oído atento, esperando la llegada del cartero. Veíase despidiendo á Juliana y llorando de alegría. Pero á las diez y media empezó á ponerse nerviosa y á las once llamó á Juana para que fuese á ver si había pasado el cartero.

—Sí, señora, ya pasó.

—¡Canalla!—murmuró pensando en Basilio.

Tal vez no hubiera contestado en el mismo día. Esperó desconsolada y sin fe... ¡Nada! Ni á la mañana siguiente, ni á las otras... ¡Infame!

Se le ocurrió la idea de la lotería porque vivía en perpétua esperanza. Cuando salió compró unos billetes y á pesar de no ser beata ni supersticiosa, los puso bajo la peana de un San Vicente de Paul que había en su alcoba sobre la cómoda. "No se perdía nada... Los miraba todos los días y sumaba los guarismos á ver si daban *nueve, cero al final ó un ni*

mero par, que es de buen augurio. ¡Aquel diario contacto con la imagen del santo la llevaba a pensar en la protección inesperada del cielo, y prometió cincuenta misas si aquellos billetes salían premiados!

Pero no salieron, y entonces desesperó del todo.

A veces, de pronto, tenía accesos de miedo. Decidíase a *confiarse* a Sebastián. Pensaba luego que sería mejor escribirle, pero no hallaba palabras, no conseguía urdir una historia racional; se acobardaba y recaía en su inercia, pensando: «mañana... mañana...»

Lo que más la atormentaba era la tranquilidad de Juliana, limpiando, cantando, sirviéndola de comer con su delantal blanco. ¿Qué intenciones tenía? ¿Qué tramaba? La asaltaba una ola de rabia; si fuera fuerte y valiente, se tiraría sobre ella, la cogería del cuello y la arrancaríala las cartas. Pero, desgraciadamente, era débil.

Una de aquellas mañanas entró Juliana en su cuarto con el vestido de seda negro en el brazo. Lo extendió sobre el confidente y enseñó a Luisa, junto al último volante, un rasgón que parecía hecho con un cuchillo; venía a saber si quería la señora mandarlo a la modista.

Se acordó Luisa de que lo había rasgado una mañana en el *Paraiso*, bailando con Basilio.

—Esto es fácil de arreglar—decía Juliana pasando suavemente la mano sobre la seda, acariciándola.

Luisa dudaba.

—Casi... casi... Ya no está nuevo... Guarde usted ese vestido para usted.

Juliana se estremeció y exclamó gozosa:

—¡Oh, señora! Lo agradezco, es un buen regalo... Lo agradezco mucho, señora... realmente...

Y se le turbaba la voz.

Marchó con el vestido á la cocina. Luisa la siguió paso á paso y la oyó decir excitada:

—¡Vaya un regalo! De lo mejor que hay. Está nuevo y es de seda buena...

Hacía arrastrar la cola por el suelo, oyendo el delicioso *fru-fru*. Siempre lo había deseado y ya lo tenía, *su* vestido de seda.

—¡La señora es un ángel, señora Juana! ¡Un ángel!

Luisa volvió á su cuarto alborozada. Estaba salvada. Todo consistía en regalarla, en hartarla. Comenzó á pensar qué más podía darla, poco á poco: el vestido granate, ropa blanca, una pulsera...

*
*
*

A los dos días—era domingo—recibió telegrama de Jorge: "Salgo mañana de Carregado. Llegaré por el tren de Oporto á las seis". ¡Qué susto! ¡Al fin volvía!

La voz de Juliana en el corredor la estremeció. ¿Qué haría? Que la dejase al menos gozar los primeros días de la vuelta de Jorge. Tuvo un momento valeroso y la llamó.

Juliana con el vestido de seda nuevo, entró contoneándose.

—¿Quería usted algo, señora?

—Mañana viene el señor...—dijo Luisa.

Y se detuvo; su corazón latía con fuerza.

—¡Ah!—dijo Juliana.—Está bien, señora.

Y se iba á marchar.

—¡Juliana!—dijo Luisa con insegura voz.

La otra se volvió sorprendida y Luisa con ademán suplicante continuó:

—Que en estos primeros días... Yo procuraré aquello, pierda cuidado.

Juliana la interrumpió:

—¡Ah, señora! Por mí no habrá disgustos; yo sólo quiero un pedazo de pan para mi vejez. De mi boca no saldrá nada. Sólo digo á la señora que si me puede ir ayudando...

—¡Vaya! Eso sí, cuanto usted quiera...

—Pues esté usted segura de que mi boca...—y se la cerró con los dedos.

¡Qué alegría! Tendría Luisa unos días, unas semanas sin tormentos, con su Jorge. Se entregó á la deliciosa impaciencia de verle y hasta creyó que le quería más... Luego pensaría; daría á Juliana otras cosas; podría preparar á Sebastián... Casi se sintió feliz.

Por la tarde entró Juliana y dijo muy risueña:

—Juana ha salido, le tocaba: pero también tenía yo precisión de salir... Si á la señora no le cuesta quedarse sola...

—No; me quedaré. Váyase usted, sí.

A poco sintió su taconeo en el corredor y el ruido de la cancela que se cerraba.

Tuvo una idea deslumbradora como el *sig-sag* de un relámpago: ¡ir al cuarto de Juliana, registrar el baúl y robarle las cartas á su vez!

La vió desaparecer por la esquina de la calle y subió despacio, escuchando, con el corazón turbado.

La puerta del cuarto de Juliana estaba abierta; por la ventana entraba una luz triste y en el suelo, contra la pared, estaba el baúl. Pero la pícara había cerrado. Bajó Luisa corriendo por su llavero y comenzó á probar las llaves temblando. ¡Si hallase sus cartas! La cerradura cedió de pronto con seco estallido. Abrió la tapa; allí estarían acaso... Fué sacando con cuidado el contenido y colocándolo ordenadamente sobre la cama... Entre dos camisas halló un paquete de cartas atadas con un hilo... ¡Ninguna era de ella ni de Basilio! Era letra de aldea ininteligible y amarilla. ¡Qué ira! Se quedó mirando al baúl, vacío ya, de pie con los brazos tristemente caídos...

La sombra de un gato que bordeaba suavemente por los tejados, la asustó. Volvió á colocar todo en su sitio, cerró el baúl é iba á salir, cuando recordó que debía buscar en el cajón de la mesa y debajo de la almohada... ¡Nada! Impacientóse: no quería irse sin haber perdido toda esperanza: sacudió la ropa de la cama, la paja del jergón; tentó los ladrillos; ¡nada tampoco!

Sonó la campanilla y bajó corriendo. ¡Qué sorpresa! Era doña Felicidad.

—¿Eres tú? ¡Cómo estás! Entra...

Estaba mejor, según contó por el pasillo. Había salido la víspera de la Encarnación; aun la dolía el pie; pero gracias á Dios había salido. A ella era su primera visita.

Obscurecía y Luisa encendió las bujías.

—¿Cómo me encuentras?—preguntó doña Felicidad poniéndose delante de Luisa.

—Un poco más pálida.

¡Ay! Había sufrido mucho. Se levantó la falda y enseñó á Luisa el pie, calzado con zapato ancho, que la obligó á tocar. Un consuelo tenía: que había

ido medio Lisboa a verla, gracias a Dios. Sí, todo Lisboa; lo mejor de Lisboa...

—Y tú no pareciste por allí esta semana.

—No pude ir, hija; Jorge llega mañana.

—¡Ah tunantuela! ¡Bueno estará ese corazóncito!...

Y murmuró algo al oído, que las hizo reír mucho.

—Pues yo—continuó doña Felicidad sentándose, —te he arreglado hoy la tertulia. Encontré esta mañana al Consejero y me dijo que vendría; lo vi en los Mártires. Mira que fué suerte; el primer día que he salido. Un poco más adelante encontré a Julián, y también me prometió venir. Y agregó con desfallecida voz:

—¿Sabes que tomaría un poquito de dulce?

Luisa fué la que abrió la puerta al Consejero y Julián, que se habían encontrado en la escalera, diciéndoles con sonrisa plácida:

—¡Hoy soy yo la portera!

Doña Felicidad, en la sala, disfrazando la turbación que la producía el espectáculo de la persona del amado Acacio, empezó a censurarla por dejar salir a las dos criadas en el mismo día.

—¿Y si te diera alguna cosa, hija?

Luisa sonrió y dijo que no era propensa a lesmayos.

La hallaban abatida, y el Consejero preguntó con interés:

—¿Sufré usted aún de los dientes, doña Luisa?

—¿De los dientes? ¡Es la primera vez que tal oigo!—exclamó doña Felicidad.

Julián declaró que nunca había visto dentadura tan perfecta.

El Consejero recitó:

En labios de coral las perlas finas

Y añadió:

—La última vez que tuve la honra de ver á doña Luisa, la dolió tan repentinamente un diente que tuvo que ir á escape á casa de Vitry á que se lo empastasen.

Luisa enrojeció. Por fortuna sonó la campanilla y fué á abrir, pues debía ser Juana.

—Habíamos dado un paseo delicioso—continuó el Consejero—cuando doña Luisa palideció y parece que el dolor era tan vivo que se precipitó por la escalera del dentista como loca...

A propósito de dolores, doña Felicidad que estaba ansiosa por conmover al Consejero, contó la historia de su pie.

—¡Ay! ¡Sufrí mucho!—suspiró con la vista fija en el Consejero para provocar una palabra de simpatía.

Acacio dijo entonces con autoridad:

—Es siempre grave bajar una escalera sin buscar el apoyo del pasamanos.

—Pues pude haber muerto—dijo volviéndose á Julián—¿no es cierto?

—En este mundo se muere por cualquier cosa—dijo Julián apoltronado en una butaca y fumando.—El mismo estuvo aquella tarde expuesto á ser atropellado por un carruaje; destinaba el domingo para echar una cana al aire, y daba un gran paseo por las afueras... Hace más de un mes que vivo en mi cubil, como un benedictino en la librería de su convento—añadió riendo y tirando la ceniza del cigarro sobre la alfombra.

El Consejero quiso saber la tesis de su discurso, de fijo que sería de gran actualidad. Apenas Julián le dijo que sobre fisiología, Acacio observó con voz profunda:

—¡Ah! ¡Fisiología! Debe ser extenso y se presta bien al estilo ameno.

Quejóse a continuación de que le agobiaban «sus trabajos literarios...»

—Creo además y espero, señor Zuzarte, que no sean infructuosas nuestras vigiliás.

—¡Las de usted, Consejero, las de usted! Y añadió con interés:

—¿Cuándo nos dá su nuevo trabajo? ¿Hay inconveniente en verlo?

—Hay alguño—dijo el Consejero seriamente.— Hace días me decía el ministro de Justicia: ¡ese gran talento me hacía la honra de decirme!: «Denos usted pronto su libro, Acacio: necesitamos mucha luz»... Así lo dijo. Yo, naturalmente, me incliné y respondí: «Señor ministro, no seré yo quien niegue a mi país cuanto mi país me exija».

—¡Muy bien, Consejero, muy bien!

—Y les diré a ustedes en familia—añadió—, que el ministro me dejó entrever en un futuro próximo la encomienda de Santiago.

—Ya debían habérsela dado, Consejero—dijo burlescamente Julián—, pero en este pícaro país... ¡debía usted llevarla ya al pecho, sí!

—Cierto, ciertísimo—dijo vivamente doña Felicidad.

—¡Gracias, gracias!—balbuceó el Consejero ofreciendo por la expansión de su gratitud su caja de rapé a Julián.

—Tomaré para estornudar—dijo éste.

Sentíase aquel día bien dispuesto: el trabajo y las esperanzas que le dieron habían disipado su amargura. Hasta pareció haber olvidado su humillación cuando encontró en aquella misma sala al primo Basilio, pues apenas entró Luisa le preguntó por él.

—Marchó a París hace tiempo.

Doña Felicidad y el Consejero hicieron un cum-

plido elogio de Basilio. Les había dejado tarjeta a ambos, lo que encantó a doña Felicidad y engulleció al Consejero.

—¡Era un verdadero caballero!—decía ella. Y Acacio afirmó, autorizadamente:

—¡Y tiene una voz de barítono digna de San Carlos.

—Un *gentleman*—añadió el Consejero.

—¡Y es muy elegante!—afirmó doña Felicidad.

Julián mecía una pierna en silencio. Recordaba la sequedad punzante de Luisa aquella mañana y las maneras del otro, y dijo sin poder evitarlo:

—Es un poco exagerado en llevar joyas y en los bordados de los calcetines. Pero es moda en el Brasil, según creo...

Luisa le miró con odio. Tenía un recuerdo melancólico de Basilio.

Doña Felicidad preguntó por Sebastián: hacía un siglo que no lo veía, y lo lamentaba, porque era una persona que apreciaba mucho.

—Es un alma grande—dijo enfáticamente el Consejero—. Le censuraba un poco por no hacerse útil a su país. Porque al fin, el piano es una bonita habilidad, pero no da posición. Y citó a Ernestillo, quien aun dedicándose al arte dramático, «es un excelente empleado de Aduanas».

Preguntaron qué hacía Ernestillo.

A Julián habíale dicho que *Honra y pasión* se estrenaría dentro de dos días y que en la calle de los Condes le llamaban ya el *Dumas hijo portugués*. Y el pobre chico se creía realmente un *Dumas hijo*...

—No conozco ese autor—dijo con gravedad el Consejero—, pero parece por el nombre hijo del escritor famoso, autor de *Los Tres Mosqueteros* y otras obras de imaginación. Por lo demás, nuestro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

VERO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ledesma es un esmerado exhibidor del arte de Corneille. ¿No es así, doña Luisa?

—Sí—contestó ella con sonrisa vaga.

Fué dos veces al reloj de su cuarto á ver la hora. ¡Casi las diez y Juliana sin venir! ¿Quién serviría el té? Fué ella misma por las tazas al aparador, puso el mantel y cuando volvió á la sala, notó un silencio embarazoso.

—¿Quieren ustedes que toque algo?—preguntó.

Doña Felicidad miraba junto á Julián los grabados de un Dante ilustrado por Doré.

—¡Qué bonito! ¿Has visto esto, Luisa?—dijo de pronto.

Luisa se aproximó.

—Es la triste historia de Paolo y Francesca de Rimini...—dijo Julián.—Esa que está sentada es Francesca y este joven de los rizos arrodillado á sus pies, que la abraza, es su cuñado, y lamento decirlo, su amante. Y aquél de la barba que en el fondo levanta el tapiz y saca el puñal, es el marido que llega... y ¡zas! concluyó Julián haciendo ademán de herir.

—¡Uy!—exclamó doña Felicidad horripilada.—¿Y qué es este libro caído? ¿Leían?

Julián repuso discretamente:

—Sí... leían, pero luego:

Quel giorno piu no vi leggiemi avante...

Lo que es lo mismo: "Ya no leímos más en todo el día."

—Temblarían—dijo doña Felicidad sonriendo.

—Peor, señora; porque, según confesión de Francesca, este joven de los rizos y cuñado suyo:

La bocca me bacció tutto tremante...

que significa: "La boca me besó, temblando todo..."

—¡Ah!—dijo doña Felicidad mirando al Consejero. ¿Es una novela?

—Es el *Dante*—dijo Acacio severamente:—un poema épico, clasificado entre los mejores, inferior acaso á nuestro Camoens, ¡pero rival de Milton!

—Pero en esas historias extranjeras siempre matan los esposos á sus mujeres—y añadió volviéndose al Consejero:—¿No es cierto?

—Sí, doña Felicidad. En esos países se repiten frecuentemente esas tragedias caseras; el desenfreno de la pasión es mayor. Pero entre nosotros, digámoslo con orgullo, el hogar es muy respetado. Yo, por ejemplo, entre mis muchas relaciones, sólo conozco esposas modelos.—Y añadió con sonrisa cortesana:—De las que es la reina la dueña de esta casa.

Doña Felicidad miró á Luisa, que estaba apoyada en una silla, y, dándole un golpecito cariñoso en el brazo, murmuró:

—¡Esto es una alhaja!

—Nuestro querido Jorge la merece—siguió el Consejero.—Porque, como dice el poeta:

*Su noble corazón, su frente altiva,
de su alma muestran la escogida esencia.*

Aquella conversación impacientaba á Luisa. Iba á sentarse al piano, cuando doña Felicidad exclamó:

—Pero dime, ¿no se toma hoy té en esta casa?

Luisa fué á la cocina y dijo á Juana que sirviese ella el té. A poco entraba Juana, de delantal blanco, muy encarnada y turbada, con la bandeja en las manos.

—¿Y Juliana?—preguntó doña Felicidad.

—Salió—dijo Luisa—. Como anda enferma...

—¡Y anda por la calle a estas horas! Eso des-acredita a una casa.

El Consejero también lo creía poco prudente.

—Porque al fin las tentaciones son grandes en una capital.

—¡No!—exclamó Julián riendo—. Si a esa la tientan, reniego para siempre de mis contemporáneos.

—¡Oh, señor Zuzarte!—dijo Acacio severamente—me refería a otras tentaciones: entrar en una taberna, querer ir al circo descuidando su obligación...

Doña Felicidad no podía sufrir a Juliana; la hallaba cara de Judas y tenía aire de ser capaz de todo.

Luisa la defendió: era muy servicial, excelente planchadora, muy honrada...

—¡Y anda por la calle a las once! Si fuera conmigo...

—Creo—dijo el Consejero—, que tenía una enfermedad mortal. ¿No es verdad, señor Zuzarte?

—Mortal, sí. Un aneurisma—repuso Julián sin levantar los ojos del *Dante*.

—Más en mi favor—continuó doña Felicidad—. Lo que debes hacer es despedirla. ¡Una criada con una enfermedad así... ¡Quita!

El Consejero aprobó.

—Y a veces disgustos con la autoridad.

Julián cerró el *Dante* y dijo:

—Me olvidé avisárselo a Jorge; pero el mejor día se les cae a ustedes redonda al suelo.

Y se sirvió un poco más de té.

Luisa se afligía. La parecía que una nueva des-gracia se formaba para darla tormento. Dijo que era tan difícil encontrar criadas...

En esto estuvieron conformes.

Hablaron de las criadas y de sus exigencias.

Eran cada día más atrevidas. En dándoles un poco de confianza... ¡Y qué inmoralidad!

—Muchas veces tienen las amas la culpa—dijo doña Felicidad—. Hacen confidentes a las criadas, y ellas, en cogiendo un secreto, se hacen las dueñas de la casa.

Las manos de Luisa temblaban, haciéndola mover la taza, y dijo con sonrisa afectada:

—¿Y qué tal de criadas el Consejero?

—Bien—dijo éste tosiendo—. Tengo una persona respetable, de buen paladar, escrupulosa en las cuentas...

—Y no del todo fea—saltó Julián—; así me pareció una vez que fui a la calle de Ferregial.

Un tinte rojo se extendió por la calva del Consejero. Doña Felicidad le miraba ansiosa, con la pupila brillante. Acacio dijo severamente:

—Jamás reparo en la fisonomía de las inferiores, señor Zuzarte.

Julián se levantó, metiendo jovialmente las manos en los bolsillos.

—Fué un error grave abolir la esclavitud.

—¿Y el principio de libertad?—saltó el Consejero—. ¿Y el principio de libertad? Convengo en que los negros eran grandes cocineros... pero la libertad es un bien mayor.

Se extendió en consideraciones y tronó contra el tráfico negrero; lanzó sospechas sobre la filantropía inglesa; fué severo con los plantadores de Nueva Orleans, y contó el caso del «Charles el Georges». Se dirigía exclusivamente a Julián, que fumaba cabizbajo.

Doña Felicidad se sentó junto a Luisa y la dijo inquieta al oído:

—¿Conoces a la criada del Consejero?

—No.

—¿Será bonita?

Luisa se encogió de hombros.

—No sé lo que me dice el corazón, Luisa. Estoy ahogada.

Y mientras Acacio peroraba de pie, iba ella murmurándole á Luisa sus quejas amatorias.

¡Qué alivio sintió Luisa cuando se fueron! ¡Lo que había sufrido aquella noche!

Fué á la cocina y dijo á Juana:

—Espere usted á Juliana. Tenga usted paciencia. No puede tardar; tal vez se habrá puesto mala.

Pasadas las doce, sonó la campanilla, levemente primero, luego más fuerte, y al fin con impaciencia.

—La chica duerme— se dijo Luisa.

Saltó de la cama y subió descalza á la cocina. Juana, echada sobre la mesa, roncaba junto al quinqué, que humeaba. La llamó, la hizo ponerse de pie y volvió corriendo á acostarse. A poco sintió la voz satisfecha de Juliana en el corredor.

—¿Está todo hecho, eh? Pues yo he ido al teatro. ¡Qué preciosos! ¡De lo mejor, Juana, de lo mejor!

Luisa se durmió tarde, y toda la noche se agitó en inquieto sueño. Estaba en un teatro inmenso, dorado como una iglesia. Era día de moda; brillaban las joyas sobre pechos ebúrneos, y relucían las condecoraciones sobre fracs palaciegos. En el palco un rey joven y triste, inmóvil y en rígida postura, sostenía en la mano la esfera armilar, y su manto de terciopelo oscuro, sembrado de pedrería, se extendía en derredor con pliegues esculturales, haciendo tropezar á la multitud de cortesanos.

Ella estaba en la escena: era actriz. Debutaba con el drama de Ernestillo, y toda nerviosa, veía ante sí, en la vasta platea, filas de ojos negros que la miraban furiosos; en el centro sobresalía la calva blanca del Consejero, como una flor rodeada de una

nube de abejas. En la escena oscilaba una decoración de bosque, y á la izquierda, un pino secular y arrogante tenía como la configuración de un rostro que se parecía al de Sebastián.

El director de orquesta dió una palmada. Se parecía á Don Quijote, tenía lentes redondos con guardación de hoja de lata, y blandía el *Diario del Comercio* enrollado. Gritaba: "¡Pasa á la escena de amor, pasa á esa maravilla!" Entonces la orquesta, en la que brillaban los ojos de los músicos, erizados sus cabellos como montones de estopa, tocó con melancólica lentitud el *Fado* de Leopoldina y una voz áspera y acanallada cantó en falsete lo siguiente:

*Veo las nubes al caer la tarde
flotar encima de la mar sin fin...
por más lejos que estamos uno de otro,
te siento siempre cerca... ¡junto á mí!*

Luisa se encontraba en los brazos de Basilio, que la enlazaban y quemaban. Sentíase desfallecida, hundida en un elemento tibio como el sol y dulce como la miel. Gozaba prodigiosamente, pero entre sus sollozos se sentía avergonzada, porque Basilio repetía impudicamente en la escena los libertinos delirios del *Paraiso*. ¿Cómo ella lo permitía?

Los espectadores gritaban:

—¡Bravo, otra vez!

Agitábanse millares de pañuelos y los brazos de las mujeres lanzaban ramos de violetas dobles, el rey, irguiéndose como un espectro, arrojó la esfera armilar y el Consejero, por seguir el ejemplo de S. M., se despojó de su calva, arrojándola también con un rugido de dolor y de gloria. El director gritaba:

—¡Saludar. saludar!

Luisa se inclinaba; sus cabellos de Magdalena barrían el tablado, y Basilio a su lado seguía con encendidos ojos los cigarros que le tiraban, cogiéndolos con la gracia de un torero y la destreza de un clown.

De pronto todo el teatro gritó: «¡Ah!», espantado. Hubo un silencio ansioso y trágico. Millares de ojos atónitos fijáronse en el foro, que representaba un jardín lleno de rosas blancas. Luisa se volvió también como magnetizada y vió a Jorge... Jorge, que se adelantaba vestido de luto, de guante negro, con un puñal en la mano, cuya hoja brillaba menos que sus ojos. Aproximándose a las candelillas, murmuró haciendo una graciosa inclinación:

—Real Majestad, Serenísimo Infante, señor Gobernador civil, señores y señoras: ahora es la mía. Fíjense ustedes en este trabajo.

Se fué a ella con paso lento que hacía crujir el tablado, y asíéndola por el cabello, como tallo de hierba que se quiere arrancar, la echó atrás la cabeza. Levantó el puñal de trágica manera, apuntó al seno izquierdo y, balanceando el cuerpo, la clavó el puñal.

—¡Muy bien!—dijo una voz—; precioso trabajo.

Era Basilio, que hacía entrar noblemente su faetón en la platea. Derecho en el pescante, con el sombrero ladeado y una rosa en el ojal, regía sus caballos ingleses. A su lado, y cubierto con sus sacerdotales vestiduras, iba el patriarca de Jerusalem. Pero Jorge arrancó el puñal enrojecido; las gotas de sangre corrían hasta la punta y caían, caían con ruido cristalino, rodando por el tablado como cuentas de vidrio rojo. Luisa caía expirante sobre el pino parecido a Sebastián. Como la tierra estaba dura, el árbol extendía por debajo sus raíces blandas como cojín

de pluma, y como el sol la tostaba, la cubría con su ramaje dejando escurrir de las hojas sobre sus labios gotas de vino de Madera. Veía aterrada salir su sangre de la herida, correr, hacer aquí remansos y allí arroyos tortuosos. Y oía gritar en la platea:

—¡El autor, el autor!

Ernestillo, muy rizado y plácido, apareció. Se inclinaba sollozando y al hacer las cortesías saltaba aquí y allá para no manchar con la sangre de la prima Luisa sus zapatitos charolados.

Sintió que se moría, y una voz dijo vagamente:

—¡Hola! ¿qué tal?

Parecía la de Jorge. ¿De dónde venía? ¿Del cielo? ¿De la platea? ¿Del pasillo? Sonó un ruido como el de una maleta que se deja caer, y ella se sentó en la cama.

—¡Bueno, déjela usted ahí!—dijo la voz de Jorge.

Saltó en camisa. El entraba y quedaron abrazados, en un abrazo largo, besándose sin decir palabra.

El reloj de la alcoba dió las siete.

X

Aquel día, á la una Jorge y Luisa acababan de almorzar, como la víspera de irse él. Pero no pesaba ya sobre ellos la calma cálida: las ventanas estaban abiertas al sol de Octubre, y ya pasaban ciertas brisas otoñales. La luz era pálida, y por la tarde ya gustaba el paletot. Tonos amarillos empezaban á notarse en el verdor.

—¡Qué bien se encuentra uno en su nidol—dijo Jorge, extendiéndose en la *voltaire*.

Contó su viaje á Luisa. Había ganado mucho dinero. Traía datos para una buena Memoria, y había hecho amigos entre aquella buena gente del Alentejo. Habían concluido las solanías, las cabalgatas por los montes, los cuartos de posada, y estaba, al fin, en su casita. Como la víspera de su marcha, fumaba su cigarro, atusándose el bigote, porque se había quitado la barba. Esta fué la gran sorpresa de Luisa cuando le vió. El la dijo que tuvo un furúnculo en la mejilla, y que con el calor...

—¡Pero qué bien te está!—le dijo ella.

Jorge la llevó, como regalo, seis platos de China antiquísimos, con mandarines jorobados, suspendi-

dos majestuosamente en el azulado espacio; una preciosidad que descubrió en casa de unas viejas miguelistas en Mértola. Luisa las colocó escénicamente en las tablas del aparador, y de puntillas, con la cola de la bata extendida atrás, la masa del rubio cabello un poco claro en las sienas, le pareció a Jorge más esbelta, más irresistible, y nunca se le fueron los brazos a su cintura como entonces.

—La última vez que almorcé aquí, antes de irme, fué domingo, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo—dijo Luisa sin volverse y colocando con mucho cuidado un plato.

—Y a propósito—dijo Jorge de pronto—. ¿Vino tu primo? ¿Vino a verte?

El plato escurrió y hubo un «tin-tin» de copas.

—Sí, vino—dijo Luisa después de una pausa—. Estuvo aquí alguna vez, pero se detuvo poco.

Se bajó, abrió el cajón del aparador y se puso a revolver las cucharas de plata; se volvió al fin, muy encarnada, y dijo sacudiendo las manos:

—¡Listo todo!

Y fué a sentarse en las rodillas de Jorge.

—¡Qué bien te está!—le decía retorciéndole el bigote.

Le miraba ardientemente y tuvo un deseo de adorarle siempre, de servirle, de apretarle entre sus brazos hasta hacerle daño, de obedecerle humildemente; era una sensación múltiple, de una infinita dulzura que llegaba hasta lo hondo de su sér.

Le pasó el brazo por el cuello y murmuró con un movimiento de adulación lasciva:

—¿Estás contento? ¿Te sientes bien? Dímelo.

Nunca le pareció tan guapo y tan bueno. Su persona, después de aquella separación, la producía admiración y como una pasión nueva.

—Ahí está el señor don Sebastián—dijo Juliana, dirigiéndose a Jorge y sonriendo.

Jorge dió un grito, apartó bruscamente a Luisa y salió al corredor diciendo:

—¡Ven a mis brazos, tunante!

*

* *

A los pocos días, una mañana que Jorge salió para ir al ministerio, Juliana entró en el cuarto de Luisa, y cerrando despacio la puerta, dijo con tono muy amable:

—Quisiera decir una cosa a la señora...

Y empezó a decir que en su cuarto se estaba peor que en una pocilga, y que no podía continuar en él: el calor, los chinches, la falta de aire, y en el invierno la humedad, la mataban; por fin, que deseaba quedarse abajo, en el cuarto de los baúles.

Este cuarto tenía una ventana en el testero; era alto y espacioso. Se guardaban allí los dibujos de Jorge, sus maletas, sus paletots viejos y los venerables baúles del tiempo del abuelo, de color rojo, con guarnición amarilla.

—¡Estaré allí como en el cielo, señora!

—Pero, ¿dónde se iban a poner los baúles?

—Arriba, en mi cuarto.—Y añadió con una sonrisa:—Los baúles no son personas, no sufren...

Luisa contestó un poco cortada:

—Bueno, yo veré... hablaré al señorito.

—Cuento con la señora.

Pero apenas aquella tarde explicó Luisa á Jorge la ambición de aquella pobre, él dió un salto.

—¡Qué! ¿Mudar los baúles? ¡Está local!

Luisa insistió, sin embargo; era el sueño de aquella criatura desde que estaba en la casa. Procuró ablandarle. ¡Nadie imaginaba lo que era el cuarto de aquella pobre mujer! El olor apestaba, los ratones pasaban por encima de su cuerpo, el papel estaba roto y llovía dentro; llevaba allí pocos días, y ya estaba delicada...

—¡Santo Dios! ¡Eso es lo que contaba mi abuela de los calabozos de Almeida! Múdala, múdala de prisa, hija, y lleva mis hermosos baúles á la buhardilla.

Cuando Juliana supo el favor, dijo:

—¡Ay, señora, qué vida me da! Dios se lo pague, porque yo no tenía salud para vivir en un camaranchón como aquel.

Se quejaba por entonces con frecuencia; estaba lívida, con las mejillas un poco rosadas; tenía días de una tristeza uegra y de una excitabilidad nerviosa; los pies no la dejaban descansar. ¡Ah! necesitaba mucho cuidado, pero mucho.

Por eso, á los dos días, fué á pedir á Luisa que viese el cuarto de los baúles, y enseñándole el piso removido:

—Esto no puede estar así, señora: necesito una estera, ó no vale la pena de cambiar. Si yo tuviese dinero no molestaría á la señora, pero...